

Resposta ao discurso
La arquitectura cristiana prerrománica
en Galicia (siglos V al XI)

Resposta lida o día 18 de marzo
de 1927 no acto de recepción do
excelentísimo señor don

Ángel del Castillo López

polo excelentísimo señor don

Fernando Martínez - Morás



REAL ACADEMIA GALEGA



Resposta ao discurso

**La arquitectura cristiana prerrománica
en Galicia (siglos V al XI)**

Na presente edición só ofrecemos a resposta ao discurso de ingreso do Excmo Sr. D. Ángel del Castillo, por non dispoñermos do texto orixinal do autor. O solemne acto académico no que foi lido o discurso recolleito no presente volume celebrouse o 18 de marzo de 1927 no Salón de Actos da Reunión Recreativa e Instrutiva de Artesáns da Coruña.

Resposta ao discurso **La arquitectura cristiana prerrománica** **en Galicia (siglos V al XI)**



REAL ACADEMIA GALEGA

Edita

Real Academia Galega

© Real Academia Galega, 2014

Deseño da colección

Grupo Revisión Deseño

A Coruña 2014

Resposta do excelentísimo señor don
Fernando Martínez Morás



Señores Académicos:

Los deberes corporativos obligan con fuerza ineluctable, y en esta ocasión me imponen, apenas acogido, –tan benevolamente como sabéis–, al calor de una compañía enaltecedora, la tarea de ser su portavoz y dar la bienvenida al nuevo Académico que, por propios méritos, llega a ocupar el sillón ennoblecido ya por aquel inspiradísimo poeta, Ramón Armada Teijeiro, fervoroso amante de nuestra tierra, que, buscando sin duda idealizar y exaltar más sus cariños, enfervorizar con la ausencia sus amores y cantar y servir a la Patria donde mejor se la siente y se la añora, alejose de nosotros, llevando ansias y fe a hacerlas reverdecer, alimentadas con la savia de la divina saudade, en el edénico jardín de la Perla antillana, metrópoli del mundo gallego ultramarino, y allí hubo de despedirse de la vida, enviando a la tierra natal, siempre presente y por siempre inolvidable, la postrera flor de su pensamiento.

Grato deber, Señores, el que me habeis impuesto. Porque me da la ocasión de recoger, con vehemente amor filial y profunda gratitud, el sincero y efusivo recuerdo que Angel del Castillo acaba de dedicar al que fué alentador de ambos en el caminar por estas sendas del estudio de la historia gallega, y me ofrece el placer, como ninguno acepto, de inspirarme una vez más en su memoria y de rendir la debida justicia, en nombre de todos, a mi amigo y compañero queridísimo.

¿Cómo no había de serme grato cumplir este deber que, si en otros casos es protocolario, lleva ahora infundido, cual *leit motif* triunfante sobre la monotonía de mi prosa, el efluvio del viejo afecto que con Angel del Castillo me une?

Con él he compartido las inquietudes y arideces de la carrera profesional, la protesta contra ciertos humanos errores, las horas del afán por encauzarnos

en el río de la vida, los días de ansioso aprendizaje en los libros que hablan de nuestro país; el cansancio por las rutas, no siempre fáciles, y el trepar por las montañas galaicas, la emoción del hallazgo arqueológico, la penosa labor de acopiar elementos para Exposiciones de Arte y Arqueología, la defensa de nuestros monumentos y nuestras joyas contra la tenaz ofensiva de los nuevos bárbaros; la divulgación de enseñanza entre los desheredados de la fortuna; en fin, la variadísima suerte de actividades desarrollada en el cuarto de siglo que dura nuestra íntima amistad y que en los momentos actuales se cifra en la esperanza de trabajar en el seno de esta Corporación, concedora ya de nuestros entusiasmos y a la que creemos llamada a una gran obra de integración de la cultura gallega.

A nadie, mejor que a mí, –lo digo con orgullo– pudo haberse elegido para abrir la puerta áurea de la Academia ante el que llega hoy a honrarnos, adentrándose en el recinto donde le aguardan la querida memoria de los que fueron y la honda estimación de los que desde hoy son sus compañeros. Cualquiera, con mayor autoridad para hablar en vuestro nombre; nadie con más satisfacción, con mejor conocimiento de los méritos (y virtudes) del ilustre arqueólogo.

Aquellos que Angel del Castillo tiene contraidos en campo aparte de los que la Academia cultiva, no habré de citarlos y encomiarlos, por no cansar vuestra atención. Profesor Mercantil, muy joven; Bachiller, Maestro y Licenciado en Filosofía y Letras, cuando quiso; junto a estos títulos que refrendan estudios oficiales, ostenta otros que sólo se otorgan a quienes se han distinguido por su saber y por su dedicación voluntaria y eficiente a servir el interés científico: así las Reales Academias de la Historia y de San Fernando y el Instituto Histórico do Minho le han nombrado Socio Correspondiente; así, sin gestión propia sino a espontánea propuesta de sapientes personas que conocían sus excepcionales cualidades, fué designado Delegado Regio de Bellas Artes é Individuo de número de nuestra Real Academia provincial, y ejerce el cargo de Director del Museo en formación; ha sido Socio fundador y es presidente de la Universidad Popular coruñesa, y tanto en ese puesto como en la Preceptoría del Asilo Municipal y en la instrucción privada a que se consagra cuotidianamente, realizó y realiza ejemplar labor de adiestramiento de inteligencias; Secretarió con notable celo y generosa actividad varias Exposiciones de Arte Gallego y contribuyó eficazmente a la preparación de otras, cual la famosa de 1909, en Compostela.

Pero su actuación principal, magnífica, que le ha dado una personalidad justamente destacada en la vida científica gallega, es la que viene desarrollan-

do en el vasto sector de la investigación arqueológica y artística, en el estudio de nuestros monumentos y joyas de arte y en la difusión de su conocimiento dentro y fuera del país.

Se puede afirmar resueltamente que nadie le ha superado en este aspecto. Desde 1906, en que dió su primera conferencia sobre “La Arquitectura cristiana en Galicia”; en los 21 años transcurridos, no ha descansado ni se apartó del camino emprendido, atento a peregrinar de aldea en aldea, de villa en villa y por las urbes galaicas, leyendo en los folios de piedra de nuestra historia, estudiando los antiquísimos castros, los venerandos dólmenes, las iglesias y fortalezas medievales y los monasterios en ruinas, los pazos nobiliarios y las viejas ermitas recatadas y humildes, para dar traza a sus excelentes monografías premiadas en diversos certámenes, publicadas en folletos, en diarios y revistas y, principalmente, en el Boletín de esta Real Academia que desde su fundación guarda muestras notables del trabajo constante y sistemático, del patriotismo y el talento de nuestro admirado amigo; o bien para pergeñar sus brillantes disertaciones que aquí y allá, en las ciudades gallegas como en Madrid, en Bilbao y en Barcelona, instruyeron a muy diversos públicos en lo que es y lo que vale el tesoro de arte de Galicia.

El ha sido, por otra parte, quién, en los profusos y notables estudios que dedicó a la interesantísima comarca del Cebrero, apuntó por primera vez la relación que pudiera trazarse desde el milagro que en aquel Santuario se venera a la leyenda del Santo Graal; esa bella y mística leyenda en la que han encontrado base tantos poemas y obras literarias de la Edad Media cuya genealogía es difícil descubrir pero que probablemente descende de paganos mitos, de tradición céltica, gaélica o kímrica recogida en ancestrales cantos de los remotos pobladores de la Galia, la Armórica, el país de Gales, la tierra de Escocia, la región gallega...

La narración de la encuesta del vaso prodigioso, de aquel vaso en que fué vertida la divina sangre y que los ángeles aportaron del cielo para depositarlo en un templo radiante, esplendoroso e incomparable, sobre el que cada año descende la blanca paloma y renovar con su presencia la virtud maravillosa del sagrado depósito; la creencia en el Santo Graal que otorga poder superhumano a quien lo adora y lo sirve, en el misterioso Graal en cuya busca avanza, limpio de corazón y puro de intenciones, el joven Parsifal Wagneriano y al que retorna, al alejarse de Elsa, el Caballero del Cisne en la fábula de Lohengrin; la reverencia al vaso áureo en que las sacerdotisas druídicas dejaban rebosar la sangre de las víctimas ofrecidas a los dioses y en que la fé de aquel tiempo

inquiría el porvenir humano e investigaba los misterios de lo futuro y donde los bardos hallaban el secreto de sus fantásticas predicciones; la veneración de la céltica copa mística, a la que se une luego la lanza milagrosa, emblema de la defensa del país contra el extranjero, juntando así los ideales primarios de Dios y Patria, en los albores de la vida civilizada y la fé en el cáliz de la cena cristiana, en el cual José de Arimatea amorosamente recoge la sangre del Maestro, fluyente de las llagas que Longinos abrió con su lanza en el costado del Redentor...; el candoroso milagro afincado en el cristianismo medieval y al que, con todas sus antiguas reminiscencias, refiérense los poemas de Chretien de Troies, Roberto de Boron y sus seguidores, y los lais y los relatos bretones, enlazados al cuento de Merlín y al del Baladro, a las hazañas de Perceval le Gauois, Peredur de Inglaterra y Percival, Gawain y Lancelot du Lac y todas las leyendas en torno a Artús y la Mesa Redonda, indisolublemente vinculada al Graal desde el siglo XIII;... todo eso que ha llenado un sorprendente ciclo de la literatura europea y enfervorizado a generaciones de antecesores nuestros, Castillo ha pretendido situarlo en Galicia, con genial atisbo; pues ¿por qué el incógnito Monsalvato, el santuario prodigioso, no habría de poder localizarse en el Cebrero, lugar de larga tradición del divino milagro y centro de su devoción especialísima y secular; en ese santuario levantado al borde de un camino trillado ya por creyentes e iluminados mucho antes de que tal ruta sirviese a los peregrinos jacóbeos?...

* * *

Después de haber registrado los valores que la Arquitectura y las demás artes produjeron en nuestra tierra en los períodos románicos y ojival, renaciente y barroco, Castillo ha dirigido la mirada hacia atrás, ha contemplado la portentosa obra de la Catedral compostelana, la maravilla de sus esculturas, el atrevimiento de su fábrica, que tan vasta y numerosa influencia ejerció en todo el país galaico y aun fuera de él, y se ha preguntado: ¿es posible que ésto no tuviese antecedentes en la región?; ¿se habrá generado de un modo súbito y espontáneo en Compostela tal prodigio del románico, sin precedentes en Galicia, o se debe esa estupenda floración exclusivamente a las aportaciones extranjeras?

La respuesta a esas preguntas nos la trae en el discurso que habeis escuchado, sobre cuyo tema no se puede en la actualidad añadir nada nuevo, porque ahí está recopilado y sumariado cuanto hasta el día se sabe de nuestro arte

prerrománico, de la arquitectura cristiana en Galicia desde la invasión bárbara a los comienzos del siglo oncenno.

Había una laguna en nuestra historia artística, una laguna de siete siglos; para llenarla, hiciéronse algunos ensayos aislados, muy meritorios pero escasos; en tanto que hombres ilustres, ajenos a nuestra preocupación de enaltecer los valores propios de la cultura gallega, desearon acoplar a escuelas de otras regiones las manifestaciones del arte cristiano ante-románico de Galicia. Contra esta tendencia, se rebela Angel del Castillo, y buscando, por su parte, cegar aquella laguna con materiales que estableciesen la continuidad de la historia del arte gallego y reivindicar los fueros de éste, lánzase a explorar nuevamente el país, de Santa Comba de Bande a Lemayo, del Bierzo a Mugía, recogiendo testimonios arqueológicos e indicios documentales de lo que las maneras visigótica y muzárabe y la llamada escuela asturiana dejaron en los edificios gallegos desde aquellos calamitosos tiempos en que vándalos y suevos irrumpían y luchaban en la región hasta que surge el primer Renacimiento en las vísperas del siglo de Gelmírez. Y son tan notables los hallazgos realizados y permiten de tal modo abrigar la esperanza de nuevos descubrimientos que no es preciso que Castillo se esfuerce en argumentar contra la proclamada indigencia de nuestro arte ante-románico, si se considera, sobre todo, qué monumentos y qué gallardías artísticas podría ofrecer un país sometido primero a una bárbara invasión asoladora, a insistentes depredaciones de piratas, más tarde, y empeñado luego en reconstituir su vida frente a alardes de enemigos internos y externos y a los peligros naturales de una incipiente reorganización política.

En este cuadro interesantísimo, que nos presenta, del arte de los siglos V al XI, surgen al lado de monumentos ya conocidos pero hasta ahora deficientemente estudiados, como los de Bande y Rocas, otros de que nunca se habló, al menos con verdad y por inspección directa. El índice sin duda habrá de completarse y a ello nos promete el nuevo académico seguir dedicando sus esfuerzos.

Ya Castillo hubiera aportado a este trabajo meritísimo los resultados de sus personales observaciones en varias comarcas francesas donde se levantan Iglesias como las de Conques, Poitiers, Tolosa, etc., en las que se han vislumbrado precedentes directos del Arte de Mateo; para ello habría utilizado la pensión que la Universidad compostelana tuvo el acierto de conseguir en su favor, pero la vida, con sus ruindades y sus sorpresas, se interpone a veces en la ruta de los más felices propósitos, y el grave accidente que Castillo sufrió, a la puerta de su casa, en una revuelta de un barrio urbano — ¡él, habituado a vencer los riscos de las montañas, a trillar los más difíciles y ásperos caminos! — le impidió

realizar su viaje de estudio a Francia, no más que aplazado, felizmente, y nos lo presenta aquí, con apariencia de lisiado, mas fuerte de espíritu y robusto de esperanzas, bien fundadas, en la próxima reintegración a su total y plena actividad.

* * *

Dos notas deseo especialmente recoger del discurso que hemos escuchado.

En una la que alude a la cripta recién descubierta en términos de Sta. Eulalia de Bóveda, municipio de Lugo, y cuyo completo estudio no ha podido hacerse aún.

Se trata quizá del monumento más interesante de la alta Edad Media en Galicia. En el atrio de una humilde iglesita moderna, situada en ese territorio que circunda la ciudad del Sacramento y en el que a cada paso se encuentran, junto a huellas de las más antiguas civilizaciones, las que dejó la influencia germánica y las que evocan recuerdos de los primeros Prelados y fundadores cristianos, contempláis los restos de un muro de piedra y ladrillo, con arranque de bóveda, un montón de escombros entre los que destaca el desmedrado fuste de una columna marmórea y profusión de trozos de cerámica. Es lo que queda de la antigua iglesia, sustituida a fines del siglo XVIII por la actual Capilla sin carácter, edificada a unos metros de distancia. Pero bajo esos restos, bajo el suelo hasta hace pocos meses cubierto de césped y hoy removido por las excavaciones que, con excelente acuerdo, se decidió a hacer la Comisión de Monumentos de Lugo, existe otro templo cuya bóveda sustentaba el suelo que pisáis: un templo subterráneo que acaso sirvió de cripta a la iglesia que se ostentó sobre el atrio. Un templo sorprendente, orientado al estilo de los primeros siglos cristianos, de planta rectangular, de tres naves cubiertas con una sola bóveda totalmente cuajada de pinturas en las que los motivos casi únicos son aves, árboles y flores. Un templo en cuyos muros se han descubierto relieves que representan sin duda una evocadora danza sagrada. Un templo en el que se han hallado restos de las columnas que dividieron las naves y un curioso trozo, de marmol también, en el que están reiteradamente grabadas las simbólicas figuras del pez -signo primitivo cristiano. Reminiscencias clásicas, romanas; sabor y alegorías del más remoto cristianismo. Ni una sepultura, por ahora; ni una inscripción. “Bóveda”, el nombre del lugar que sugiere indicaciones para otros hallazgos semejantes en Galicia; y la tradición de un camino, de un túnel que comunicaba con la cripta...

Hay que excavar aún más; buscar el pavimento primitivo, concretar si hubo un ábside; estudiar el caso de esta iglesia escondida, único hasta hoy en la región, probablemente único en España, y cuya fundación se remonta, según nuestras conjeturas, a aquellos tiempos del siglo IV en que el cristianismo luchaba aún con las supervivencias paganas, a aquellos días tan oscuros de nuestra historia sobre la que lanzará un claro rayo de luz este hallazgo interesantísimo, realizado en los aledaños del Lucus Augusti...

En lo sucesivo, habrá que partir de Bóveda para estudiar la historia del arte cristiano en Galicia.

* * *

La otra nota que deseaba recoger del magnífico discurso de Castillo es la que hace brevísima y concisa referencia a los restos visigóticos conservados en Mugía: “dos capiteles de mármol, hermosísimos y admirablemente trabajados, pero destrozados para convertirlos en basas de las columnitas de la portada principal de la iglesia románica. Parecen francamente romanos y se desconoce su procedencia...”.

¿Podremos hilvanar este hallazgo con la bella tradición de la Virgen de la Barca y la maravilla de la piedra “de abalar”?

La tradición, evocada por uno de sus más recientes glosadores, dice que, cuando el Apóstol Santiago vio que su palabra era infructuosa para que el régulo de Duyo, – ciudad marítima importante inmediata al famoso “Promontorium Nerium” –, se convirtiese a la fé de Cristo, retiróse a orar en demanda de ayuda de lo alto, a la montaña que domina el hoy puerto de Mugía, que entonces era un lugar agreste y solitario.

Ante las fervientes súplicas del que tan celosamente sembraba en Galicia la doctrina del Crucificado, borrando de entre los nuestros el culto de los falsos dioses, quiso la Santísima Madre darle testimonio de cuán fecunda había de ser su obra evangelizadora, presentándose ante el Apóstol como la primera peregrina de Santiago.

Al dirigir sus miradas por la extensión del mar, que mansamente besaba el pie de la colina en que hacía su oración, vio el Apóstol cómo se aproximaba a la orilla una barca maravillosa, con su mástil y vela, todo de piedra, y erguida sobre ella, mostrábase en toda su gloria y cual estrella refulgente la Virgen María, en carne mortal.

Humilló su rostro en tierra el Hijo del Trueno, ante tan sobrenatural visión, mientras que el mar, elevando dulcemente sus ondas depositó en la colina la milagrosa embarcación, en el mismo lugar que hoy ocupa la famosa piedra llamada de la Barca. La Reina de los Angeles se dirigió al Apóstol, que en religioso éxtasis la contemplaba, y, con voz dulce y armoniosa, alentólo a no desmayar en su obra de redención de las almas y ordenóle el regreso a Jerusalén, donde le esperaba el martirio.

Elevóse en un trono de gloria hacia los cielos la Virgen y dejó en poder del Apóstol una imagen suya, a la que aquél consagró un altar en el hueco de un peñasco, inmediato a la “Barca”, lugar donde más tarde fué encontrada. Data de entonces –dice el aludido glosador– la peregrinación a tan devotos lugares, peregrinación que se viene sucediendo a través de los siglos, como testimonio de veneración a María Santísima. A partir del descubrimiento de los restos del discípulo bien amado, amigo de Jesús, –restos transportados desde el lugar de su martirio en otra barca de piedra, como la en que se le apareciera la Virgen–, conforme iban en aumento las peregrinaciones a Compostela, llegaron éstas a no considerarse realizadas por entero si no se completaban con la visita al santuario de la Virgen de la Barca y al Cristo de Finisterre, como reza la copla popular:

Veño da Virxe da Barca,
veño de abalal’a pedra,
tamén veño de vos ver
Santo Cristo de Fisterra.

* * *

La leyenda es indudablemente posterior a los relatos de la traslación del Cuerpo del Apóstol a Iria, y con ellos está directamente relacionada.

Un viajero del siglo XV, Sebastián Ilsung, “el Peregrino Curioso”, en el año 1446, ve en Mugía una piedra junto al mar, igual a la que en Padrón se ablandó al ser depositado en ella el cuerpo del Apóstol, y que moldeó su figura; como la vieron tantos otros peregrinos en sus medievales visitas a la urbe jacóbea. Dice Ilsung que la piedra de Mugía se ablandó igualmente y por la misma razón que la padronesa, y añade que Santiago navegó en ella sobre el mar.

Erich Lasota, en 1580, confirma lo dicho por Sebastián Ilsung y le llama “la

Barca de Sant Iago”, afirmando que “la Barca de Nuestra Señora” está en el fondo del mar, aunque su estatua está en Monxía.

Otros viajeros contemplaron en el fondo del mar la barca de piedra, –con mástil y velas “del mismo metal”, que dijo el Licenciado Molina–, y aseguran que aquella nave transportó a Jesús y a su santa Madre, que allí desembarcaron y fundaron en lo alto una capilla dedicada a la Virgen.

El prestigio del Apóstol había superado entonces a todos los más sagrados prestigios; y el mismo Dios y su Santísima Madre peregrinaban a visitar a Santiago.

Pero la piedra “de abalar” se cita tardíamente. El Padre Sarmiento afirma que en ella “andan en competencia en hacer milagros y prodigios la Gracia y la Naturaleza”. Algo había atisbado el perspicaz benedictino, que ciertamente visitó el lugar y observó y oyó cuanto pudo ver y le contaron. Su preparación y su estado, sin embargo, no le permitían aventurarse a más.

Hoy ya podemos formular una interpretación histórica de la leyenda.

Los capiteles marmóreos de la parroquial de Mugía son seguro indicio de que por allí existió un templo o Eremitorio en la Alta Edad Media, acaso una de las primeras iglesias cristianas de la región. La piedra ahuecada en que se afirma quedó moldeada la figura humana del Apóstol “como si sobre cera pusieran un cuerpo de bronce caliente”, según la expresión de Castellá, sería probablemente un sepulcro antropoide de los que abundan en la inmediación de los más antiguos cenobios medievales, y que casi siempre se adscriben a sepulturas de “Cuerpos santos”, varones que edificaron a las respectivas comarcas con su vida ejemplar. Tal fué también la presunta navecilla de piedra de esta piadosa leyenda que nació después de destruido el Eremitorio y aún conservándose restos de él. El sepulcro, de tradición sagrada y olvidada identificación, y las ruinas de la ermita, conjúntanse entonces para dar fundamento a la bella fantasía de un vidente que adivina en el sarcófago una nave que por milagro flotase. Pero ¿quién haría tal milagro sinó la Santísima Virgen, en un país evangelizado de antiguo? Y ¿para qué aportaría la Madre de Cristo a aquel lugar, en vehículo tan portentoso, sinó para visitar al Santo Apóstol, cuyo culto dominaba la región sobre todo otro, y para edificar una iglesia, cuyos restos estaban patentes, en memoria del prodigio?...

Acaso, con el correr del tiempo, el mar arrastró el sepulcro y alguien lo contempló sumergido, ayudándole la fé a fingir aquel petreo aparejo de navegar tan insólito. Los restos de la iglesia aventáronlos los hombres, en su afán de

renovar. Pero en el sitio quedó, imborrable yá, la tradición legendaria, y, en el curso del tiempo, no sabiendo a qué prueba material duradera adherirla, cuando ni trazas del sarcófago o del primitivo templo se conservaban, unióse fervorosamente a la peña, “que abala” por un fenómeno naturalísimo y curioso.

Sin que con ésto pretendamos destruir la encantadora y piadosa leyenda de “la Barca más prodigiosa”, sinó explicarla e interpretarla, buscándole el fundamento real que todas las tradiciones tienen y que muchas veces se nos oculta de modo impenetrable.

* * *

Pero es hora de no abusar más de vuestra paciencia.

Decía, poco há, Gómez de Baquero, comentando el de recepción en la Academia de la Historia del Sabio Obermaier, que “los discursos académicos se van convirtiendo en monografías de carácter científico, señal acaso de la transformación y aun de la decadencia literaria de la oratoria”.

Es verdad; y la monografía de Angel del Castillo lo prueba; sin que se pierda nada con la aludida transformación; al contrario, se gana cuanto resulta superiormente estimable el escrito documentado, pensado y metodizado a conciencia, concreto y categórico, a la oración ampulosa y brillante pero con frecuencia huera y horra de fondo y de enjundia provechosa.

Creerán algunos, inspirados en un criterio materialista, en las frívolas preocupaciones de la vida del día o en el falso concepto del preferente valor de la favorecida vaga y amena literatura, que estos estudios no tienen utilidad ni trascendencia. ¿Qué hay en el mundo que no las tenga para un espíritu sutil y equilibrado...? Las fantasías del poeta, sus errores, sus visiones y anticipos; los cálculos del matemático, las lucubraciones del filósofo, los análisis del crítico; los ensayos y tanteos del químico; la vigilia del astrónomo; el ansia del explorador de las altas cumbres terrestres o de las desoladas zonas polares; la labor del oceanógrafo; la calculada osadía del aeronauta, y la paciente tarea del naturalista, del zoólogo, del botánico; la sistemática investigación del filósofo... todo, todo lo que es manifestación de estudio científico, germen de producción artística, especulación de la inteligencia, ya tienda a embellecer la vida presente o a descubrir los métodos de la pasada, a interpretar el pensamiento de los pueblos que fueron o a marchar hacia la quimera de otros mundos, nos

ayuda a conocernos, a conocer nuestra actualidad y nuestro pretérito, a atisbar las posibilidades futuras, a vivir aquella vida integral que es la ilusión y el afán glorioso del hombre civilizado.

Nuestro país, en muchos aspectos, es casi totalmente desconocido de propios y de extraños, mal apreciado por unos y por otros. Nuestra ciencia es incipiente y requiere gentes estudiosas y preparadas que investiguen y laboren para poder situarnos con honor en el mundo de la cultura, uniendo a las sabias aportaciones de las ilustres figuras de ayer y de hoy lo que de nuestro propio esfuerzo se espera y el patriotismo demanda; pero en todo caso teniendo presentes aquellas severas palabras de Cicerón: “No os ciegue tanto el cariño a la patria que llegéis a deshonrarla con fábulas, pudiendo enaltecerla con historias”.

* * *

Angel del Castillo ha cumplido como buen amante de Galicia, pero, joven aún y con arrestos, no abandona el campo, todavía inexplorado, y reafirma su fé y sus entusiasmos. Bienvenido sea a esta Corporación. Sus propios merecimientos lo traen y con el mayor cariño se le acoge.

8 Marzo 1927
Martínez Morás

Real Academia Galega

Rúa Tabernas, 11

15001 A Coruña

Tlf. 981 207 308

Fax 981 216 467

secretaria@realacademiagalega.org

www.realacademiagalega.org



REAL ACADEMIA GALEGA

